

## III

Después de la Sinagoga, ó llamémosla Iglesia judía, viene realmente, por la natural ordenación del tiempo y del espacio, la Iglesia griega. Nadie puede, nadie, disputar á esta Iglesia la supremacía temporal. Después del judeo-cristianismo sostenido por San Pedro, Santiago, San Mateo, San Marcos, sobreviene la religion helénica sostenida por San Estéban, San Pablo y San Juan. El comercio entre Tiro y las islas Jónicas, que se dilataba mucho mas allá de Sion, y cubria toda Palestina; las conquistas de Alejandro, y su mágico paseo por Asia, que dejara tantas colonias griegas, como nidos de ideas sembrados en los surcos por su espada reabiertos en los senos del Asia; la dominación de los Seleucidas en Siria, que tantas veces cayeron sobre Jerusalem, y que tantas ideas helénicas sembraron por los arenales de la pedregosa Judea; el esfuerzo de los Tolomeos para concentrar todas las ideas en la capital fundada por Alejandro; la vecindad inmediata de Antioquía, de Damasco, de tantas poblaciones entonces semi-helénicas, hicieron de la Iglesia griega la segunda Iglesia del recién nacido Cristianismo. Lo cierto es, que el primer idioma de la cristiandad fué, á no dudarlo, el idioma helénico; lo cierto es que los textos mas clásicos de los Evangelios y de las epístolas de San Pablo han llegado hasta nosotros en griego; lo cierto es que la Biblia, proclamada por el Catolicismo como clásica, la Biblia verdaderamente ortodoxa, proviene de la traducción griega de los Setenta hecha en Alejandría; lo cierto es que los Padres mas antiguos de la Iglesia, y los más venerados indudablemente, son los Padres helénicos; lo cierto es que la metafísica toda del Cristianismo es la metafísica griega recogida por los helenos al pié del Hible y trasportada en los santos cálices del altar á los concilios ecuménicos. De consiguiente, la parte dogmática toda del Cristianismo se debe á la Iglesia griega. Un heleno-cristiano reveló á la conciencia universal todos los dogmas arios, antes ocultos bajo misterios impenetrables, y los enlazó con la filosofía platónica y neo-platónica en el Evangelio de San Juan. Un alejandrino, como el gran Orígenes, encontró en la raíz del espíritu humano aquel Cristianismo natural demostrativo de que la conciencia humana y la revelación divina tienen un origen idéntico; y luego, al volver sus ojos á lo futuro, encontró aque-

llas esperanzas de redención universal, por las cuales debía el fuego eterno extinguirse y recobrar su naturaleza primitiva en los coros melodiosos del Empíreo hasta los ángeles caídos y rebeldes. ¡Oh! Sin la Iglesia griega no tendríamos idea del Verbo, no tendríamos idea del Espíritu, no tendríamos explicación científica de la Trinidad ariana, no comprenderíamos la doble naturaleza de Cristo, ni las hipótesis que constituyen la esencia y sustancia de la divinidad en el seno de nuestra fe ortodoxa. La idea, por cuya virtud se unen lo contingente y lo absoluto en la persona del Salvador; la idea, en que se funda el carácter divino de Cristo, es una idea esencialmente metafísica y griega. Cristo, sin Atanasio y el concilio de Nicea, hubiera quedado reducido á un Profeta de mas ó menos inspiración, á un Mesías de mas ó menos promesas, á un redentor de mas ó menos sacrificios; pero no fuera, no, consustancial con el Eterno Padre y segunda persona de la Trinidad Santísima. Y lo que decimos del Verbo decimos del Espíritu, provinientes ambos de la metafísica griega y ambos extendidos y comentados en las escuelas helénicas. Así, los grandes concilios ecuménicos orientales son los concilios del dogma, sobre todo, del dogma relativo á la divinidad y á sus relaciones con el espíritu y con el mundo. En cuanto acaba este brillantísimo esplendor de la Iglesia griega, los concilios toman materia para sus controversias y para sus decisiones de los problemas morales y de los problemas canónicos, pero no de aquellos altos problemas metafísicos, propios de los grandes y excelsos reveladores del dogma. No se puede negar. La metafísica cristiana pertenece por completo á la Iglesia griega.

Y en cuanto acabó este gran movimiento metafísico; en cuanto los dogmas quedaron definidos y claros, la Iglesia griega cayó en irremediable decadencia. Su falta principal consistió en someterse al Estado, y convertirse así en una rueda material de la mecánica cesarista, que dirigía con estrecho sentido aquella triste sociedad. Por consiguiente, como después de la Naturaleza ninguna esfera obedece menos á la moral que la esfera política, la Iglesia griega se convirtió bien pronto en una Iglesia burocrática, por completo ajena de suyo á los grandes ideales humanos, y sin aquellos caracteres cuasi divinos indispensables á estas sociedades, que imbuidas de su Dios y mandadas por su sacerdocio, se consagran á la vida plena del espíritu. La



unidad, que buscara con tanto ahinco en la sombra del Estado político, no pudo encontrarla. Una especie de feudalismo eclesiástico desmembró diócesis, y aun patriarcados enteros del seno de Constantinopla. La Iglesia bizantina de la region helénica es hoy de todo en todo independiente de la Iglesia bizantina de las regiones turcas. Los bizantinos diseminados por Austria, y que componian una docena de diócesis antes de haberse unido al Imperio austriaco Bosnia y Herzegovina, constituyeron una Iglesia, tambien separada y aparte. Aquella grande asociacion ortodoxa, que reconociendo por su sacra ciudad á Constantinopla y por sus jefes oficiales á los patriarcas, en cierta manera Pontífices de Oriente; aquella grande asociacion, decia, se rompió en mil pedazos, como el Estado carlovingio á la venida é irrupcion de los normandos. Las islas mas célebres del mundo helénico, Chipre, por ejemplo, tuvo su propia Iglesia, como los sitios mas consagrados por el respeto y por el culto universal. Conforme las nacionalidades nuevas, desprendidas del Imperio turco se han ido formando, la tendencia de particularizar sus Iglesias ha ido apareciendo, como si creyeran los helenos carecer de nacionalidad, cuando el culto y el dogma no alcanzan la índole peculiar de los pueblos establecidos aparte, y asegurados en su particularismo por una independencia completa y una grande autonomía.

La constitucion del patriarcado es bien extraña, porque si la mirais bajo un aspecto, encontrareis en ella mucho de parecido á la unidad pontificia; y si la mirais bajo distinto aspecto, encontrareis en ella una triste oligarquía, por causa de su Sínodo, quien forma una especie de Senado religioso, el cual, en vez de dar estabilidad á la institucion altísima, de que forma parte, la enflaquece por la continua variacion de patriarcas, difícilmente llegados al fin de la vida en plena posesion de su autoridad y en el ejercicio pleno de su ministerio. Así, los grandes nombres, que se unen al patriarcado de Constantinopla, y que componen como el organismo viviente de la Iglesia ortodoxa, no corresponden á una verdadera realidad. El patriarca de Antioquía, cuyo nombre tanto resuena en la historia evangélica y en los tiempos primeros del Cristianismo, apenas tiene jurisdiccion sobre cincuenta mil almas; y el patriarca de Jerusalem sobre veinticinco mil; y sobre cinco mil tan solo el patriarca de Alejandría. Así reina en el clero helénico una especie de mate-

rialismo, que semeja la Iglesia griega de hoy al Imperio romano en su mayor decadencia. Las mas altas dignidades eclesiásticas se compran y venden como en mísero mercado; los hombres mas rudos ascienden á las altísimas Sedes por contratos de simonía escandalosa; la sumision al poder temporal del poder religioso llega entre los pueblos orientales al extremo de reconocer autoridad eclesiástica y dogmática en el propio Sultan y Califa de Constantinopla. Döelinger cuenta en su bello libro «La Iglesia y las Iglesias» cómo varios clérigos armenios empeñaron caloroso debate con clérigos griegos acerca del empleo del vino y agua en el Santo Sacrificio de la Misa; y como no llegaran á entenderse, pusieron su querella interior al arbitrio de un funcionario turco, el cual resolvió tan empeñado litigio, declarando al vino bebida impura como lo llama el Koran, y al agua el verdadero licor propio de un santo sacrificio.

Este carácter político de la Iglesia griega no se desmiente jamás en sus varias determinaciones. Un Sínodo permanente la gobierna; y este Sínodo se halla compuesto, en la region propiamente griega, de cinco eclesiásticos nombrados por el poder civil y de dos funcionarios laicos. Y lo mismo pasa, con mayor motivo todavía, en la Iglesia moscovita. Si hubiéramos de creer á los teorizantes, de antiguo está sometida en lo disciplinario y en lo dogmático á los cuatro patriarcados fundamentales de Constantinopla, Jerusalem, Antioquía y Alejandría; teniendo por jefe al metropolitano de Rusia, ó sea, el patriarca de Kiew. Mas, Pedro I, conociendo que no puede un gobierno absoluto fundarse hoy en las sociedades humanas, si deja fuera de sí al clero y á la Iglesia, organizó un Sínodo, en el cual predominaba el espíritu político sobre todo espíritu religioso y el Czar sobre los Patriarcas. De aquí aquella Iglesia, verdaderamente mecánica, dominada por la liturgia de Bizancio, cuyos rígidos santos parecen cuerpos sin alma, y que servida por un clero semi-oriental, quien mueve como por máquina sus incensarios de oro, y cumple las ceremonias complicadas del culto, por hábito y por costumbre, sin leer apenas el breviario y sin apenas predicar los sermones de nuestras iglesias y de nuestros ritos; servida, iba diciendo, tal Iglesia por un clero así, parece, al fin y al cabo, mas que una sociedad eclesiástica, un verdadero regimiento y otra oficina sumada, por ejemplo, á las oficinas de policía, para sostener el



complicadísimo mecanismo de un Estado autocrático. Así, lo mismo en Contantinopla que en Armenia, lo mismo en Armenia que en Rusia, lo mismo en Rusia que en Bulgaria, échase de ver una grande ignorancia de las materias religiosas en los pueblos cristianos. La misma Iglesia del antiguo territorio helénico, siendo como es, la mas culta de todas, adolece de mil enfermedades varias. El campesino apenas conoce la religion; y el clero apenas ejerce influjo de ningun género en la sociedad. Todos los espíritus elevados se apartan poco á poco en Grecia del hogar primero de su espíritu y de la cuna de su fe. Un racionalismo muy moderado, pero tambien muy hondo, sustituye á las antiguas creencias, y deja en cierto elevadísimo aislamiento á la tradicional Iglesia. Por consecuencia la religion bizantina subrogada por do quier al Estado, carece de toda espontaneidad, y se asemeja cada vez mas á las instituciones mecánicas de la burocracia y de la política. Su influjo intelectual y su influjo moral es nulo. Allí donde los pueblos se hallan de suyo esclavizados, la Iglesia los mantiene con empeño en la servidumbre; y allí donde se hallan manumitidos, la Iglesia no ejerce sobre su conciencia y su voluntad ningun poder moral. Y sin embargo, pocas Iglesias tienen delante de sí cielos tan extensos; pocas Iglesias pueden abrigar é infundir esperanzas tan sublimes. El Imperio turco ha de venirse á tierra, y la Basílica de Constantino ha de levantarse nuevamente sobre las áureas alas de los ángeles, para llamar y atraer á las almas. El Asia, tarde ó temprano, ha de cristianizarse, y ninguna de las Iglesias cristianas tiene tantos títulos y tantos medios para este bautizo de un continente como la Iglesia bizantina. Por consecuencia, el ministerio propio de un porvenir grandioso debia sostenerla y alentarla, pues difícilmente sucumben las instituciones destinadas á grandes fines sociales. Y sin embargo, prematuramente, la Iglesia oriental en todas partes se halla hoy herida sin remedio de una irremediable decadencia.

Así debemos decir de la Iglesia griega, lo mismo exactamente que de la Sinagoga judía ya hemos dicho. No responde, no, al ideal religioso, pedido y necesitado por los pueblos cultos. Y cuenta que ha constituido el helenismo un sistema de ideas y de tradiciones muy superior ciertamente al judaismo, y que compite por sus brillantísimos caracteres con la misma religion cristiana, de la cual ha sido auxiliar tan formidable. No hablemos de los tiem-

pos clásicos, en que los dioses coronaron sus montañas, las ninfas y nereidas surgieron por sus mares, las estatuas clásicas se levantaron sobre sus aras, el Partenon remató con los mármoles Penthelicos cincelados por Fidias sus colinas, la Agora resonante oyó sus grandes oradores, las naves de Salamina y las legiones de Platea volvieron coronadas con el roble de su victoria, pasó por el escenario de Colonna Edipo ciego apoyado en su Antígona, subieron como nubes de incienso las ideas platónicas á lo infinito, hablaron los oráculos desde sus grutas sembradas de adelfas, y reinó sobre la humanidad el período incomparable de la mas perfecta y mas suave armonía. El helenismo es aquel conjunto de ideas, que sobrevivieron á la ruina del pueblo griego despues de que lo enterrara en los nefastos campos de su rota última, la rota de Queronea, el Macedon victorioso. La espada invencible de Alejandro, en aquellas correrías fantásticas, muy semejantes al misterioso paso de los dioses índicos á Grecia; esa espada, que abriera tantos surcos en el planeta, hirió á Jerusalem, hirió á Babilonia, hirió á Tiro, hirió al Egipto, para ingertar las viejas encinas seculares, con la miel destilada por los aromáticos mirtos y romeros del Hible, resonante con enjambres de abejas y de ideas. Este grandioso helenismo penetró de su espíritu la religion judaica; enseñó las ciencias á los árabes para que no se apagara nunca el brillantísimo luminar de la humana idea; inspiró á los grandes concilios dogmáticos del Oriente; mantuvo en las puertas del Asia una Iglesia cristiana; educó á Venecia y á Florencia; trajo consigo el Renacimiento nuestro, es á saber, todo un arte, toda una religion, toda una ciencia, en cuyas cimas la humanidad llegó á transfigurarse, y á ceñirse una corona de ideas, como no se habia visto jamás otra igual desde los tiempos de Grecia en los anales de la historia. Y este poderosísimo elemento de cultura, que tantas maravillas ha obrado en la historia, no ha podido abrazar en su seno todo el hombre, ni toda el alma del hombre, porque se ha opuesto indudablemente el principio de la variedad, que con el principio de la unidad coexiste y domina tanto en los senos de la Naturaleza como en los senos de la historia.

## IV

¿Y lo que no ha podido hacer el helenismo con todas sus grandezas, lo hará el jesuitismo con sus irremediables decadencias? Y decimos el jesuitis-